

tión, cuya cáscara no es fácil de romper. ¿Cómo compaginar ideas tan distintas para hacerlas compatibles en un mismo sujeto? Como de costumbre, Laín se dirige a Unamuno. «En tres regiones de la vida humana busca Unamuno material para sus juicios sobre el hombre español: la existencia cotidiana del campo de la vieja Castilla, el estilo de los hombres que pueblan las figuraciones literarias de nuestra época clásica y el modo español de vivir en el seno de la sociedad urbana contemporánea.» Después de estudiar a campesinos, héroes y ciudadanos, llega don Miguel a la conclusión de que el hombre hispánico es *apasionado*. «Nosotros los españoles difícilmente podemos alcanzar la ironía griega o la francesa. Nos apasionamos con exceso y pasión quita conocimiento.»²⁴ Ahora bien, ¿qué es lo que nos apasiona? Según Unamuno, la vida, que para él, es la inmortalidad. No son proyectos definidos y palpables los nuestros. Apenas hay materia. En nuestra casta íntima «saltamos de lo estético y lo económico a lo religioso por encima de lo lógico y lo ético: del arte a la religión». Arguye Laín «ésa es la más entrañable y prometedora peculiaridad de la casta española» y «el fundamento del orgullo español y del optimismo de don Miguel de Unamuno».²⁵ El español es castizo y sólo a través de su casta puede salvarse. En la misma opinión abundan Baroja, Maeztu y Azorín, con la particularidad de que el primero llama al casticismo individualismo: «En España donde el individuo y sólo el individuo fue todo». Y después: «El español, como el niño, tiene una imagen anterior a la experiencia inmediata a la que somete sus percepciones. El hombre (español) rechaza lo que no cuadra con el esquema interior que tiene de las cosas».²⁶ Y un poco más adelante: «El individualismo se ha hecho fulanismo y compadreo: en España todo se consigue por acción personal». Pienso que lo que Baroja intenta decir no es sólo que el español es «individualista» sino que es «particularista». Carlos Bousoño nos explicará de modo clarividente las diferencias entre los dos conceptos. En su libro *Epocas literarias y evolución* dice así el gran poeta y crítico hablando del individualismo: «al consistir el individuo tal como lo definíamos en la “conciencia de mí mismo en cuanto soy hombre”» y en seguida: «La mirada del individualista se fija en la parte *teniendo en cuenta el todo* y cómo busca al individuo, cómo el individuo es su finalidad la mirada del individuo será a todas luces individualizante». Al referirse al «particularista», término por él creado, escribe: «Lo opuesto ocurre con el personalista o particularista que se fija ante todo en la parte, y sólo después y trabajosamente, logra, si acaso, ascender hasta el todo desatendido previamente».²⁷ Sigue el profesor Bousoño, «El individuo no llega a lo parcial pasando por lo total sino que mira directamente a lo parcial...: su actitud no implica conciencia y valoración de las dotes humanas como tales, las que tiene todo hombre, la razón, sino interés y hasta confianza en la puramente personal y privado».²⁸ Creo que al darnos su visión acertada, perspicaz y profunda, de las diferencias entre el «individualismo» y el «particularismo» Bousoño desarrolla, desgrana y clarifica el concepto

²⁴ *Ibídem*, p. 245.

²⁵ *Ibídem*, p. 246.

²⁶ *Ibídem*, pp. 255-256.

²⁷ Bousoño, Carlos. *Epocas Literarias y Evolución*, E. Gredos, pág. 55

²⁸ *Ibídem*, p. 57.

que, de esta faceta del español, tuvieron los pensadores del 98. Hacia la antinomia «individualismo-particularismo», que tan magistralmente expone Carlos Bousoño, van dirigidos los tiros de la Generación que estudiamos.

La intrahistoria

Dijimos que hablaríamos de la intrahistoria. Ha llegado el momento. Sentado ya el principio del historicismo del 98, Laín entra de lleno en el análisis que del concepto de Historia tuvieron sus miembros. Sabido es que «sintieron» la Historia; veamos como la «entendieron». Se intenta, aquí, desvelar que es lo que de la Historia les atrae y les interesa. Resulta perogrullesco afirmar que la historia es variada, tan variada como la vida que la crea y la conforma. Ante el hecho se pregunta nuestra autor, «¿en qué faceta de la Historia centrarán su atención los del 98?» Y acude a la voz original. Habla Azorín: «Los grandes hechos son una cosa y los menudos hechos otra. Se historia los primeros. Se desdeña los segundos. Y los segundos forman la sutil trama de la vida cotidiana». ²⁹ Tomando este texto como punto de partida el profesor Laín inicia su estudio del concepto histórico del 98. Unamuno, apasionado estudioso del pasado entiende la Historia «haciendo un distinto muy especial: el que establece entre *sucesos* y *hechos*, entre *Historia* e *intrahistoria*». A corroborar la afirmación acude el texto unamuniano: «(los historiadores) han atendido más a los *sucesos históricos* que pasan y se pierden que a los *hechos subhistóricos* que permanecen y van estratificándose en profundas capas». ³⁰ ¿Hacia qué lado se inclina su ánimo? «Sobre el silencio augusto se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa Humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida intrahistórica silenciosa y fecunda, como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras.» Y sigue Laín citando: «A la intrahistoria pertenece todo cuanto comunica y funde a unos hombres con otros, las realidades y las obras más genéricamente humanas entre todas cuantas componen la existencia de los hombres». Los textos se comentan solos. Laín añade, fijando de una vez el concepto: «La historia en el sentido de Unamuno es lo consciente de la vida histórico-social y la intrahistoria lo racial e inconsciente»; para concluir, «La historia le hace a uno ser español o francés, escolástico o cartesiano, republicano o integrista; la intrahistoria, lo que en cada hombre hay de intrahistórico es lo que le permite decirse a sí mismo sencilla y solemnemente “hombre”». ³¹ Para Laín ésta es la médula del pensamiento de Unamuno sobre el acontecer humano. «La intrahistoria emerge de la historia y da sentido humano a lo que de histórico hay en cada presente; la historia pasa y se eterniza haciéndose intrahistoria o tradición eterna.» ³² Los dos conceptos quedan magistralmente aclarados.

El profesor Laín analiza, al igual que como con Unamuno, las ideas que sobre el

²⁹ Laín Entralgo, Pedro. La generación del 98. Primera edición, p. 262.

³⁰ Ibídem, p. 264.

³¹ Ibídem, p. 269.

³² Ibídem, p. 274.

tema tienen los demás escritores noventayochistas por lo que remito al lector a un estudio detenido del capítulo. Ahora bien, quisiera hacer un inciso. Al referirse a Azorín y su idea de la intrahistoria como «Vivir es ver volver» hace nuestro autor una casi inevitable comparación con Marcel Proust y su forma de evocar el pasado. Dice Laín, «Proust trata de encontrar y recuperar el tiempo perdido invocándolo mediante la memoria involuntaria». Con todo mi respeto por quien tanto me ha enseñado, y sólo guiado por el afán de una colaboración que me honra, quisiera decir que «tratar» al igual que «invocar» son antinomias de «involuntario», conceptos difícilmente compatibles en una definición. A mi entender Proust no «trata» de recuperar el único paraíso posible, el perdido, sino que si por cualquier circunstancia ajena a su voluntad (en la que no exista un proceso volitivo), le llega, se apresura a reconstruirlo haciéndolo suyo de nuevo al mismo tiempo que lo recupera para el lector. Creo que el proceso de Azorín es el contrario, aunque sea totalmente legítimo y alcance la misma meta. Y después de este inciso volvamos al tema que nos ocupa. El profesor Laín demuestra que además de Unamuno y Azorín, los demás miembros del 98, especialmente Baroja, Valle-Inclán y Machado, también se preocupan, cada uno a su manera de resaltar la importancia de la intrahistoria, de hacer ver al lector la superioridad del hecho sobre el suceso, de lo íntimo sobre lo externo, de lo cotidiano, que es lo verdaderamente heroico, sobre la esporádica hazaña que luego constará en los documentos, como dirá Antonio Machado de Jorge Manrique al compararlo con Calderón. ¿Cómo es posible este fenómeno de disociación entre la historia y la intrahistoria? Contesta Laín Entralgo: «Hay que buscar el nexo en el modo generacional de vivir su situación histórica de españoles. Todos sienten con amargura, y con ferocidad, a veces la terrible inconsistencia histórica de aquella España: aquella España que no les gusta... les desplacen las mezquinas tentativas modernizantes igual que las consecuencias visibles y operantes de la historia pretérita». Después se pregunta el historiador: «¿Hubieran pensado así en caso de vivir una situación de España históricamente satisfactoria para ellos?»³³ Tampoco yo me atrevería a contestar a esta pregunta. Si para ellos España es Historia y en esos momentos no la tiene o la que tiene, a su entender, no es válida, ¿qué hacer entonces? Yo creo que la Generación tuvo que sustituir la detestable historia que España tuvo en su época por una intrahistoria, diseñada de acuerdo con su pensar, de la que tanto necesitaba la patria para poder alcanzar de nuevo la Historia que merecía. Es decir, el 98 se encontró con una España que necesitaba ser heroica para volver a ser España, pero no heroica al modo tradicional, medieval, batallador, cruento e inalcanzable, sino en el sentido moderno de la palabra, heroico en la cotidianidad, en el cumplimiento diario del deber. No hace falta que el Cid cabalgue de nuevo, sino que Cajal y Giner sigan lanzando consignas y consiguiendo discípulos, de ciencia y vida. Si lo pensamos bien, esa tercera salida del Quijote por la que advoca Unamuno no es una excursión encaminada hacia el triunfo o la conquista de ínsula alguna, sino hacia la conversión a la rectitud y al bien del hombre español. Al encontrarse con la abulia y el marasmo de los españoles de su época, los del 98 entendieron —y les guió el acierto— que la verdadera situación límite en la que suele darse el héroe histórico, era el estado de desesperación en

³³ *Ibídem*, pp. 301-302.

el que se encontraban y en el que vivían día a día los españoles de entonces, para resolver la cual no se necesitaba un héroe salvador a la antigua usanza —que por otra parte no tenían— capaz de conquistar un nuevo Imperio, sino un héroe intrahistórico, el antihéroe —que ellos adivinaron iba pronto a convertirse en centro y eje de la sociedad moderna— que día a día cumpliera con su deber de ciudadano honrado, de hombre auténtico, de verdadero patriota, haciendo historia a través de lo que ellos llamaron la intrahistoria. Esta fue la consigna y la semilla. El término y el concepto de intrahistoria sigue vigente, adquiriendo con los días, una mayor actualidad.

La ensoñación

La acción no produjo efecto; sólo quedaba el ensueño.

J.V.

Y así fue, la acción política no produjo efecto inmediato; la protesta, la rebelión, la palabra acusadora, su dolor, las consignas lanzadas parecieron quedar en el aire, y el desencanto les llevó al ensueño. Después de predicar la reforma, de intentarla con todos los medios a su alcance y ver que la respuesta era negativa, ¿qué otro refugio les quedaba? Soñar. Y así lo hicieron. Y sin abandonar la lucha, el duro imperativo que traducía su pensar fue sustituido por el deseo —tan fervoroso como aquél— convertido en ruego. Algunos llegaron casi a contemporizar. Cansado su espíritu de tanta batalla, todos soñaron. Y soñaron lo que todo hombre sueña, que su sueño se hacía realidad.

Soñaron que el fracaso había sido un éxito. Dice Laín que debido al fracaso «habían sido condenados a la soledad por el tribunal del mundo propio» y añade «que se evadieron del fracaso hacia el ensueño porque supieron excavar en el suelo de su propia soledad hasta hallar la vena siempre preciosa que la soledad siempre contiene. *«Quand a de conseils seul en donne la solitud...»*, dice Laín citando a Mallarmé. Escucharon en el silencio el consejo y esto les libró de caer en el resentimiento. Triunfadores en el campo literario, cumplida su vocación, después de aquilatar y embellecer sus proyectos juveniles sobre España los convirtieron en sueños y su crítica, que les acompañó siempre, ya no fue hecha «desde la situación caminante del reformador, sino desde la situación contemplativa del soñador que ha dado forma acabada a su propio ensueño».³⁴

¡Qué gran verdad la que acaba de expresar Pedro Laín Entralgo! Para redondearla comentar el autor el famoso retrato del caballero enlutado de Azorín, símbolo perfecto del ensueño, retirado, pensativo y ensimismado del que Machado dirá: «¿Por qué le hará llorar el son de la marmita y el ascua del hogar?» Yo me pregunto: ¿Qué otra cosa podían hacer los también ensimismados del 98 para olvidarse de la circunstancia vital que les tocó en suerte sino llorar sus sueños y vivir con ellos y de ellos? No les satisface el mundo real, su «hogar» y su «marmita», y por medio del ensueño intentan la evasión hacia el que su ideal les fabrica. No será fácil la fuga. La realidad apenas admite cambio

³⁴ *Ibidem*, p. 319.